

Un profundo centro, que no es oscuro, sino iluminado, como una catedral gótica tocada por los rayos del sol. El proyecto creador de Dios aparece en todo su esplendor; el bautismo muestra aquí toda su riqueza. Juan de la Cruz no habla tanto del camino o los caminos hacia la interioridad cuanto de la fiesta del Espíritu que acontece en la interioridad, en el más profundo centro del ser humano, ahí donde se gustan la verdad y el amor.

Ahí, en el hondón, puede Dios ser Dios en nosotros. *“Dios es el obrero de todo, sin que el alma haga de suyo nada... Su negocio es ya solo recibir de Dios”* (LB 1,9).

El centro del alma es Dios *“el ser íntimo del alma, donde mora el Verbo Hijo de Dios, juntamente con el Padre y el Espíritu esencial y presencialmente”* (CB 1,6). Una persona llega a su más profundo centro *“cuando con todas sus fuerzas entienda, ame y goce a Dios”* (LB 1,12). Al decir que la llama la hierde en el centro, da a entender *“la copiosidad y abundancia de deleite y gloria que en esta manera de comunicación en el Espíritu Santo siente”* (LB 1,14).

Juan de la Cruz tiene palabras para los que piensan que todo esto son cosas raras: *“Y porque las cosas raras y de que hay poca experiencia son más maravillosas y menos creíbles, cual es lo que vamos diciendo del alma en este estado, no dudo sino que algunas personas, no lo entendiendo por ciencia ni sabiéndolo por experiencia, o no lo creerán, o lo tendrán por demasía, o pensarán que no es tanto como ello es en sí”* (LB 1,15). A todos ellos les responde: *“El Padre de las lumbres”* (Sant 1,17), *“cuya mano no es abreviada”* (Is 59,1) y *con abundancia se difunde sin aceptación de personas do quiera que halla lugar, como el rayo del sol, mostrándose también él a ellos en los caminos y vías alegremente, no duda ni tiene en poco “tener sus deleites con los hijos de hombres”* (Prov 8,31) (LB 1,15).

La maravilla está en el cumplimiento de la palabra de Jesús: *“Que si alguno le amase, vendría la Santísima Trinidad en él y moraría de asiento en él”* (Jn 14,23).

La persona siente que esta llama de amor le comunica todos los bienes, porque *“este divino amor todo lo trae consigo”* (LB 1,17), experimenta cómo la sabiduría del Hijo le ilumina con su sabiduría, cómo el Espíritu Santo deleita su voluntad y cómo la dulzura del Padre lo abraza, y ora así:

“¡Oh llama de amor viva, que tiernamente hieres! ¡Oh encendido amor, que con tus amorosos movimientos regaladamente estás glorificándome según la mayor capacidad y fuerza de mi alma, dándome inteligencia divina según toda la habilidad y capacidad de mi entendimiento, y comunicándome el amor según la mayor fuerza de mi voluntad, y deleitándome en la sustancia del alma con el torrente de tu deleite en tu divino contacto y junta sustancial según la mayor pureza de mi sustancia y capacidad y anchura de mi memoria!” (LB 1,17).



LA FIESTA DEL ESPÍRITU

“¿Qué necesita la Iglesia? La iglesia necesita el Espíritu Santo. La Iglesia necesita el Espíritu, el Espíritu Santo, animador y santificador de la Iglesia, su respiro divino, el viento de sus velas, su principio unificador, su manantial interior de luz y fuerza, su sostén y consolación, su manantial de carisma, y cantos, y paz y consuelo, su garantía y prelude de vida beata y eterna” (Pablo VI).

“Intentamos retener una certeza: ¿Cuál? Cristo dice a cada uno: “Te amo con un amor que no se acabará jamás. Nunca te dejaré. Por el Espíritu Santo estaré siempre contigo” (Hermano Roger).

“¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando abrazasteis la fe? Ellos contestaron: Pero si nosotros no hemos oído decir siquiera que haya Espíritu Santo” (Hch 19,2).

1.- El Espíritu hace maravillas

Lo que Juan de la Cruz se atreve a contarnos es para muchos de nosotros un paraje desconocido, increíble. Sin embargo, no lo debiera ser tanto porque todos hemos recibido en el bautismo la semilla y la promesa del fruto que ahora se nos describe. *“Y no hay que maravillar que haga Dios tan altas y extrañas mercedes a las almas que él da en regalar, porque si consideramos que es Dios y que se las hace como Dios y con infinito amor y bondad no nos parecerá fuera de razón”* (Prólogo de la Llama). Porque *“nada es imposible para Dios”* (Lc 1,37).

El auténtico profeta no se preocupa tanto de hacer cosas, sino de describir el paisaje del Espíritu, que es *“don en sus dones espléndido”*; se esfuerza, sobre todo, en dar testimonio del amor, en contarnos qué pasa cuando el amor de Dios brota a borbotones en el corazón. Juan de la Cruz aporta a la antropología las mejores descripciones del hombre nuevo visto por dentro. En la *Llama* canta el

asombro ante los resultados de lo que fue un esbozo. A nosotros, acostumbrados a caminar al corto paso que hemos elegido, sin apenas avanzar, nos viene bien encontrarnos con esa bellísima panorámica, que invita a volar como las águilas.

El Espíritu viene como *“lenguas de fuego”* (Hch 2,3) y san Pablo anima a los creyentes a ser hogueras de luz que brillen en el mundo (cf Flp 2,15-16). De esta hoguera es testigo Juan de la Cruz. La hoguera es el Espíritu, a quien describe como *llama de amor viva* en el corazón.

En la Llama, que ha sido llamada *“evangelio del Espíritu Santo”* (Lucinio Ruano), Juan de la Cruz nos relata la fiesta del Espíritu en el más profundo centro del ser humano. Lo hace con las partículas *“oh”* y *“cuán”* que sirven para *“mucho desear y mucho rogar”* y que *“dan a entender del interior más de lo que se dice por la lengua”* (LB 1,2). El ser humano se ve inundado por ríos de gloria, abundando en deleites, bañado en gloria y amor, ensanchado por la unión con Dios, transformado en Dios, poseído por El, vestido de ricas riquezas de dones y virtudes, muy cerca de la bienaventuranza y del abrazo de la Trinidad (cf LB 1,1).

Más que discursos y pensamiento acerca del Espíritu, hay *pathos* del Espíritu y su acción. La acción del Espíritu es desvelada ahora, al final de proceso, aunque estuvo presente desde el comienzo en todas las fases del itinerario espiritual. A veces estuvo escondido, desconocido, en la tristeza (cf Ef 4,39; 1Tes 5,9). Ahora siente el alma dentro de sí al Espíritu Santo, que la ha transformado en suave amor. Cada vez que llamea la llama baña al alma en gloria. Esta es la operación del Espíritu Santo: capacitar al alma para amar, hacerla un amor. *“Estos actos de amor del alma son preciosísimos; y merece más en uno y vale más que cuanto había hecho en toda su vida sin esta transformación, por más que ellos fuese”* (LB 1,3).

El milagro es patente: es Dios quien lo hace (cf Sal 117). *“En este estado no puede el alma hacer actos, que el Espíritu Santo los hace todos y la mueve a ellos. Todos los actos son divinos, porque es hecha y movida por Dios”* (LB 1,4). El ser humano tiene plena conciencia de que se recibe, más que se hace. Todo es obra de Dios en Dios. Así describe Juan de la Cruz a la Virgen María: *“La mujer que siempre se movió por el Espíritu Santo”* (3S2,10). No aparece la acción, solo el horno donde se cuece el pan para una eucaristía. Ese amor de Dios ni nos aplasta ni nos oprime, porque es grandeza de amor, de libertad y de verdad y nos abre a horizontes infinitos de vida. *“Solo el amor puede ensanchar el corazón”* (Santa Teresita).

En este estado, la Palabra desvela toda su fuerza y belleza creadoras, es *“espíritu y vida”* (Jn 6,64). Estas personas, por estar limpias y enamoradas, tienen oídos para oír el amor de Dios. *“Tu voz tiene una luz que me ilumina, luz del oír”* (Pedro Salinas). Pero *“los que no tienen el paladar sano, sino que gustan otras cosas, no*

pueden gustar el espíritu y vida de ellas, antes les hacen sinsabor” (LB 1,5) y ante tan *“sabrosa y amorosa doctrina de la Sagrada Eucaristía muchos se volvieron atrás”* (LB 1,5). El hecho de que algunos no gusten este lenguaje de Dios, no significa que otros no lo puedan gustar. Pedro lo gustó, cuando dijo: *“¿Dónde iremos, Señor, que tienes palabras de vida eterna?”* (Jn 6,69) *“y la Samaritana olvidó el agua y el cántaro por la dulzura de las palabras de Dios”* (LB 1,6).

La gran fiesta del Espíritu consiste, sobre todo, *“en que se le comunica el Padre, Hijo y Espíritu Santo”* (LB 1,6). La persona sabe a qué sabe la vida eterna, siente la vida de Dios, se goza en el Dios vivo: *“Mi corazón y mi carne retozan por el Dios vivo”* (Sal 83,3).

2.- La tierna herida

Juan de la Cruz describe, como un testigo, la fiesta del Espíritu. Lo hace recurriendo a la herida, tema de la poesía amorosa. La Llama hiere al alma con un toque de ternura amoroso. ¿Puede haber una herida tierna? La herida es de amor. El Espíritu *“la derrite en amor... ‘Luego que el Esposo habló se derritió mi alma’* (Cant 5,6), *porque el habla de Dios es el efecto que hace en el alma”* (LB 1,7).

¿Cómo se puede crecer más y más en el amor? Se puede crecer, porque *“el amor nunca está ocioso, sino en continuo movimiento... y su oficio es herir para enamorar y deleitar... y lo hace mostrando allí sus gracias, descubriéndole sus riquezas y la gloria de su grandeza”* (LB 1,8).

Estas artes de amar *“le hacen al alma salir de sí y entrar en Dios”* (CB 1,19). Y estas heridas no se curan sino con la presencia del Amado.

La llaga, el toque, los resplandores de las lámparas de fuego, la fuente rebosante de aguas vivas, el recuerdo y la aspiración, son todos componentes de la fiesta del Espíritu en la que participa la persona entera, en su carne y en su espíritu.

3.- En el más profundo centro

En el libro del Génesis, es Yavé Dios quien pregunta al hombre: *“¿Dónde estás?”* (Gn 3,9). En el evangelio de Juan, dos discípulos del Bautista preguntan a Jesús: *“¿Dónde vives?”* (Jn 138). Las dos preguntas apuntan a la interioridad.

La interioridad es riesgo: *“Yo me alejé de ti y anduve errante, Dios mío, y llegué a ser para mí una región de esterilidad”* (San Agustín), pero es también bellísima posibilidad: *“El hombre, por su interioridad, es superior al universo entero; a esta profunda interioridad retorna cuando entra dentro de su corazón, donde Dios le aguarda, escrutador de los corazones, y donde él personalmente, bajo la mirada de Dios, decide su propio destino”* (GS 14). Al hombre actual, que necesita una nueva experiencia de la interioridad, Juan de la Cruz le habla del profundo centro.